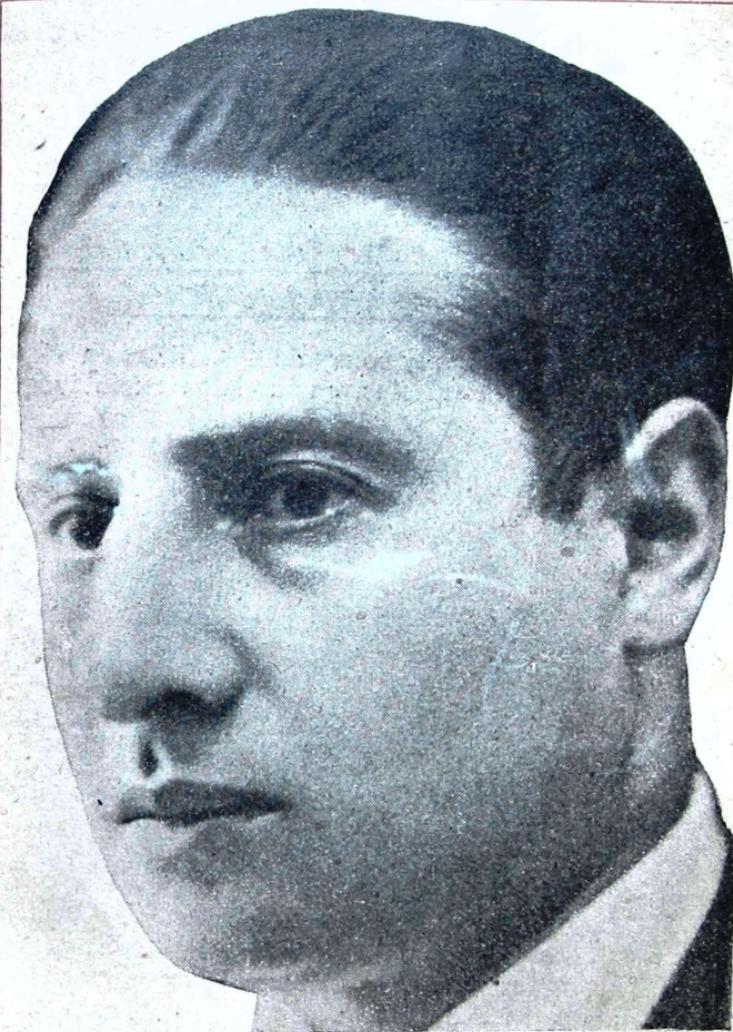


LA NOVELA SEMANAL



El Babú de Naranyana
Por Carlos Muzzio Saenz Peña.

PRECIO: 10 Centavos

La Novela Semanal

Administración: **FLORIDA 248 - Buenos Aires**

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL
LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: **C. CHECHI, Florida 1408**

Agente en Rosario: **CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo, 1280**

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso.
2. La huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría). (Agotada) en Reedición
3. Artemis, de Enrique Larreta.
4. Una madre, en Francia, de Belisario Roldán. (Agotada) en Reedición
5. Luna de Miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psíquica, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de José Ingenieros.
8. El Cofre de Ebano, de Alejandro Sux.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instinto, de Pedro Sondereguer — (Edición Agotada). en Reedición
11. La Evasión, de Benito Lynch
12. La Ciudad del Amor y la Muerte, de Julián de Charras.

El Lunes próximo se publicará Un casamiento en el gran mundo

de **ELSA NORTON**

Este trabajo interesante en sumo grado despertará la atención pública por ser revelador de intrigas de nuestra alta sociedad.

SUCESIVAMENTE

15. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente

delicado escritor y poeta, autor de "Alma mía", "Epifanía", "Solar Guarani", etc., obras todas juzgadas con rara unanimidad por la crítica, como productos de un espíritu selecto y un hábil estilista.

16. Plutón, interesantísima novela de Julio Navarro Monzó

Autor de "Renacimiento Místico".



NEOLAXAN

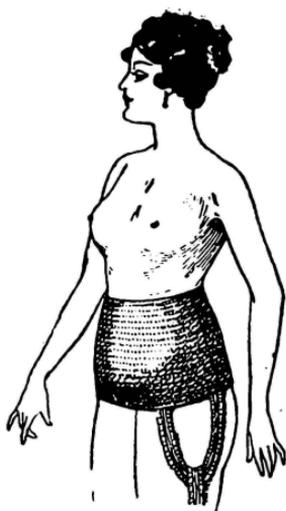
LAXANTE - TÓNICO - VEGETAL

El único laxante que no produce hábito, irritaciones ni dolores.

Remedio eficaz contra la constipación intestinal y perturbaciones digestivas.

Depositario General:

RAUL ALMEIDA - Lavalle 1059 - U. T. 3316 Lib.



Soltura y gracia

en los movimientos, elasticidad en el paso, elegancia en el porte, líneas perfectas, formas armónicas conviene a todo el mundo el uso de la afamada

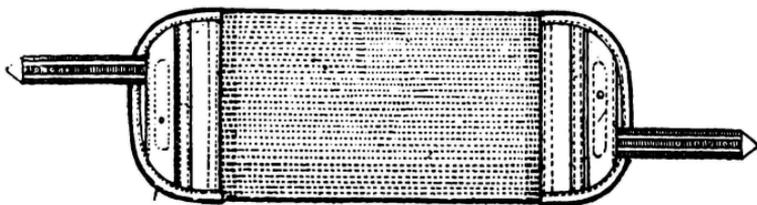
FAJA ABDOMINAL ELÁSTICA "GESELL"

(sin ballenas, sin submuslos)

Se amolda anatómicamente al cuerpo; cede a cualquier movimiento del mismo, ejerce una presión suave, constante y uniforme, no se arrolla ni cambia de lugar, es lavable, fresca, liviana, porosa, no irrita la piel ni provoca la transpiración, tiene cierre a broches o a cordón, es

EL SOSTEN IDEAL DEL ABDOMEN

Recomendada por los más afamados médicos de la Capital, para **OBESIDAD - VIENTRE CAIDO-HERNIA UMBILICAL-RIÑÓN FLOTANTE-LAPAROTOMÍA**
Antes y después del alumbramiento, etc.



ÚNICOS INTRODUCTORES:

GESELL Y Cía.

Unión Telefónica 192, Libertad

Av de Mayo, 1431
BUENOS AIRES

Rondeau, 1442
MONTEVIDEO

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

EL BABU DE NARANYANA

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

CARLOS MUZZIO SAENZ PEÑA

Esta historia, pues es historia y no fábula lo que voy a referiros, acaeció hace ya algunos años, en diferentes lugares y distintas épocas.

Jamás me hubiera yo atrevido a escribirla, y mucho menos a publicarla, si a ello no me hubiesen inducido ciertas y determinadas circunstancias, que más tarde explicaré al lector y que servirán de epílogo a esta narración.

Algunos de los episodios que ilustran el relato, han ocurrido en remotos países de Oriente, y si, lector, te hallas perplejo ante fenómenos inexplicables y estuvieras a punto de dudar de la veracidad de los hechos, recuerda que en aquellos lejanos y misteriosos lugares, en sus selvas impenetrables, en sus sagrados ríos o en la mente de sus incomprensibles habitantes, vaga eternamente la diosa Fantasía, la cual, en toda historia que tenga por origen esas desconocidas regiones, suele

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

**PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENEDORES DE DIARIOS, LOS NÚMEROS ANTERIORES**

depositar un grano de exótico sahumerio, cuyo perfume, al igual que el de sándalo o ambar gris, es demasiado áspero para nuestros paladares de occidentales, pero cuyo humo sutil se eleva entre los personajes que en la historia actuaron y el lector que sus hazañas leyese, tejiendo con sus volutas azules un vago cendal de ensueño y de leyenda.

Todos los acontecimientos que a continuación se explican, y que a pesar de aparecer aislados forman en conjunto esta historia, me fueron narrados por quien poseía méritos para ello y cuyo nombre imprimo hoy en estas páginas por hallarme autorizado para hacerlo así.

Es verdad que poco importa al lector el nombre verdadero de la persona que intervino y actuó como personaje principal en los peregrinos y hasta maravillosos episodios que voy a relatar; pero creo menester indicar quién era, qué hacía y dónde moraba, por si algún lector incrédulo, y que los hay en gran número, deseara cerciorarse de lo mucho de verosímil que encierra esta narración, que no persigue otro fin ni busca otra recompensa que despertar interés en quien la escuchara o brindar un rato de solaz al que la leyese.

*
* *

E. W. Parker, jefe de reporters del "Boston Chronicle", habíame invitado a que le visitase esa noche, en su hospitalaria casa de Bookline, el pintoresco suburbio de Boston.

Era a fines de enero y la crudeza del tiempo habíase acentuado con un rápido y alarmante descenso del barómetro. Los vientos glaciales que llegan desde el norte y barren las costas de New England, habían pasado por la vieja ciudadela puritana, dejando girones de sus blancas túnicas en los árboles de los parques, en los postes telefónicos y en todas las cornisas y ventanas de las casas.

Un tímido sol, enfermo de ictericia, alumbró durante las horas de la mañana el fantástico sudario blanco, bajo el cual durmiera toda la ciudad la noche antes.

Al medio día, los rayos más tibios comenzaron a derretir la nieve amontonada en veredas y calzadas. Charcos y lagunas de agua enlodada, dificultaban la marcha de los transeuntes y de los caballos. Pasaban los trineos deslizándose sobre la nieve blanduzca y grisácea. Uno que otro automóvil trataba en vano de apresurar su marcha; pero era inútil. Sus ruedas, a pesar de ir guarnecidas de cadenas, no podían adherirse al pavimento y, en su rodar vertiginoso, lanzaban un torrente de nieve, agua y lodo, que difícilmente esquivaban los peatones. Boston, la ciudad conservadora de las viejas tradiciones puritanas, con sus grandes avenidas y bellísimos parques, con sus hermosos edificios, su refinada cultura y el trato bondadoso de sus habitantes, sería un sitio ideal para vivir si no poseyera el más abominable de los climas.

Los cambios atmosféricos son tantos y tan rápidos, que suelen pasar del calor más bochornoso al frío más intenso, para retornar otra vez al calor; y todo en el mismo día. Cambios tan bruscos que, refiriéndose a las veleidades de que adolece el clima bostoniano, Mark Twain, solía decir que "pasar un día en Boston es igual que hojear un muestrario de temperaturas". Y el gran humorista no andaba desacertado. Esa misma noche de mi visita a Mr. Parker, hacía un frío insoportable, que, como de costumbre, había invadido inesperadamente la ciudad durante las últimas horas de la tarde, cuando el deshielo estaba en su apogeo.

Tal descenso de temperatura, heló rápidamente los charcos y arroyuelos de agua enlodada que cubrían las calles, transformándolas, entonces; en una gran pista de patinaje, en la que el pobre transeunte se veía obligado a hacer maravillosas pruebas de equilibrio; no sin que, a pesar de las difíciles cabriolas y coreográficas piruetas, diera con su hu-

milde humanidad en el duro y frío suelo, y su nombre enriqueciese la lista de contusos y perniquebrados que al siguiente día publicarían los diarios.

Bien abrigado, cubiertas mis manos por gruesos mitones de lana, con la bufanda hasta más arriba de las orejas, tomé el tranvía que debía conducirme a Brookline, donde vivía Parker.

Su casa estaba situada en Sutherland Road, a pocos pasos de donde se detenía el tranvía; de modo que, después de marchar un corto trecho, llegué al número 22 de dicha calle y llamé a la puerta, tirando del grueso cordón de la campanilla.

El edificio estaba a oscuras. Sólo unos débiles rayos de luz se filtraban, apenas, a través de las persianas que cerraban una de las habitaciones altas.

Un viejo criado escocés, de rojizas patillas y pecoso rostro, vino a abrir la puerta, haciéndome pasar al pequeño hall, donde me ayudó a despojarme de mi indumentaria polar.

Subí a la habitación de Parker y le hallé sentado en un mullido sillón, frente a la chimenea, con sus pies sobre la barandilla, contemplando silenciosamente los leños enrojecidos, escuchando el rechinar de la reseca madera al quemarse. De su boca pendía una pipa apagada, y en sus faldas yacía un libro abierto. Le llamé por su nombre y se incorporó de su asiento, estrechándome cordialmente la mano. Me ofreció un vaso de whisky y, conociendo mis aficiones, me alargó una pipa y puso, sobre la mesa, al alcance de mi mano, un artístico vaso chino que contenía tabaco. Era ésta una de sus pasiones. Amaba el buen tabaco y se preciaba de conocer y distinguir sus cualidades. El que guardaba en el vaso chino era una mezcla de su invención y la única que se dignaba saborear en las innumerables pipas, de toda clase y tamaño, que decoraban las paredes de la habitación.

Encendidas las pipas, puestos nuevos leños en la chime-

nea, vacíos y vueltos a llenar los vasos, allí cerca del fuego, en ese cuarto extraño, mitad europeo, mitad oriental, sentíase uno con deseos de oír o de relatar historias extrañas, fantásticas aventuras, o peregrinas, leyendas, que acariciásen nuestra imaginación y nos hiciesen olvidar por un momento la vorágine de la vida moderna, o el frío intenso que afuera extendía su glacial mortaja sobre la ciudad dormida.

—¡Cuántas curiosidades guarda usted aquí! — le dije, por decir algo.

—Encienda usted la lámpara del medio — me dijo—, así las verá mejor. La llave está al lado de la puerta — agregó.

Di vuelta a la llave, y mis ojos se pasearon por los muchos objetos que adornaban los muros y pesaban sobre los estantes que circundaban el cuarto. Había, allí preciosidades de marfil, de jaspes y de ágata; bellos tapices, armas hábilmente forjadas, cuyas empuñaduras eran obras maravillosas de orfebrería; ídolos indios y dioses chinos, simbolizaban el marmagnum teológico de Oriente, con su eterna pesadilla de religiones.

—¡Qué hermosa joya! — exclamé, tomando de encima de un escabel, un pequeño puñal de mango adamascado e incrustado de piedras preciosas.

Me acerqué hacia Parker, y bromeando le amenacé con el puñal, haciendo ademán de clavárselo en el pecho.

—¿Qué hace usted? — gritó con temblorosa voz, levantándose aterrorizado —. ¡Déje usted esa arma por Dios! que trae mala suerte.

Involuntariamente, medroso yo también al ver el terror pintado en la cara de Parker, coloqué el puñal de donde lo había tomado y me acerqué a mi amigo, que con insegura mano se servía un vaso de whisky; mientras sus ojos me miraban de rabillo, como quien observa a un enemigo del cual se espera un ataque.

Bebí varios tragos de whisky, encendí mi pipa, que con

este episodio habíase apagado, me senté al lado de Parker y esperé a que él hablara.

Extrajo, nerviosamente, varias bocanadas de humo de su pipa, contempló por breves instantes el fuego que ardía en la chimenea y, volviéndose a mí, me dijo, mirándome a la cara:

—¿Quiere usted oír una historia extraordinaria, prometiéndolo no divulgarla; sólo en caso de que yo dejase de existir?

—Hable usted con entera confianza. 'Ya sabe usted que trata con un caballero.

—Por eso me atreví a proponerle una cosa en la cual juego mi vida.

¿Cree usted en la influencia de los muertos sobre los vivos? ¿Piensa usted que los deseos de los vivos llegan a realizarse después de muertos?

Ese puñal que hace pocos minutos tenía usted en su mano, ha sido el instrumento del cual se valiera un muerto para llevar a cabo su venganza después de muchos años. Ese puñal ha viajado por todo el mundo en busca de la mano que lo esgrimiera para vengar la muerte de su dueño. Llegó a mi poder inesperadamente. El destino me lo trajo y el destino algún día desaparecerá con él. Contra el destino es inútil luchar. Mucho antes de que llegásemos a este mundo, desnudos y gimiendo, la pluma escribió en el gran libro todo lo que nos sucedería. "Todo hombre, dice el Corán, tiene el pájaro de su destino, atado a su cuello". Y es inútil quererle aprisionar u obligarle a que emprenda el vuelo. Se quedará atado a nuestro cuello, si así lo dispuso el destino el primer día, o volará para no volver más, si así fué escrito en nuestra última página.

No hay magos ni genios, ni sabios, sólo hay seres que saben leer en el libro donde todo está escrito. Aquel cuyos ojos sean tan perspicaces como para leer, página por página, el libro del destino, pueden predecir y anunciar todos los acontecimientos. Usted y yo, y junto con nosotros todos los demás hombres, somos esclavos del destino, y nuestros pensamien-

tos y nuestras acciones no son dirigidas por nuestro cerebro, sino por algo más fuerte e inflexible que se llama destino.

El destino hizo que yo me hallase en Singapur un año que, en busca de reposo y de nuevos temas con que brindar a los lectores del "Boston Chronicle", decidí pasar tres meses de vacaciones en esa exótica ciudad; moderna Babilonia donde se mezclan todas las razas y religiones del orbe y donde se reúnen los desperdicios sociales de Europa, arrojados allí por la marea de sus tempestuosas vidas.

Una tarde, aburrido de la monótona vida que yo llevara hasta entonces, decidí dar un largo paseo para conocer la parte más pintoresca de la ciudad. Abandoné mi habitación del Hotel de l'Europe, donde me alojaba, y marché calle abajo en dirección al puerto.

Era la hora en que las gentes abandonaban sus ocupaciones. Llegaba desde los diques un rumor cada vez más apagado de rechinar de guinches y resoplar de locomotoras; crugían viejos carretones, balanceándose pesadamente por las calles adyacentes al puerto, y los gritos de los peones se mezclaban al mugir de las acémilas.

Cientos de obreros asiáticos retornaban a sus viviendas, en los barrios respectivos, donde viven aglomerados por raza o por nacionalidad. De las tabernas salían destellos de luces amarillentas, semiveladas por el humo de tabaco, al que se mezclaba un vaho de grasa y alcohol que martirizaba el olfato del transeunte europeo. Por las calles marchaba una muchedumbre abigarrada y pintoresca que hablaba todos los idiomas y representaban todos los tipos etnológicos del mundo: marineros franceses, vestidos de brin azul, ostentaban una roja borla en el casquete, hablando en voz alta, con fuerte acento marsellés; ingleses, en grupos de cuatro o cinco, en busca de lugares de diversión o de placer, donde gastar las relucientes fibras esterlinas que hacían sonar alegremente en el fondo de sus bolsillo; culies chinos, llevando penosamente enormes

fardos y malayos, y javaneses semidesnudos, cubiertos de polvo o de hollín, traspirando todavía por el penoso trabajo realizado durante ese día sofocante.

Me interné entre las agrupaciones de chozas de un piso, que malamente alineadas forman el barrio malayo. Anduve algunos minutos por las callejuelas solitarias y silenciosas, cuando llegó a mis oídos ruido de pasos y voces que parecían venir de un recodo formado por la desviación de la calle. Apreuré el paso y aparecieron ante mis ojos cuatro hombres, que en feroz pelea, rodaban por el suelo. En la semioscuridad de la calle y entre el ruido seco de los golpes y el jadear de los pechos fatigados, pude oír, distintamente, interjecciones hechas en una lengua extraña.

De una mirada pude apreciar la situación, y, sin titubear, decidí ponerme de parte del más débil: un nativo vestido a la europea y que parecía defender un bulto que llevaba bajo el brazo y que sus asaltantes trataban en vano de arrancarle.

Recordará usted que antes de dedicarme al periodismo, era yo un gran aficionado a toda clase de deportes y que, siendo todavía estudiante, gané, cuatro años consecutivos, el título de campeón de box de la universidad de Harvard.

En ese instante me sentí con fuerzas y coraje bastantes para defender a ese desconocido sobre cuya cabeza menudeaban los golpes y, en el preciso momento en que uno de los agresores se acercaba a su víctima puñal en mano, me abalancé al grupo y puse en acción mis puños, que obedientes a mis musculosos brazos, comenzaron a golpear en todas direcciones. Así di en tierra con dos de mis contrincantes, más sorprendidos por mi inesperada intervención que aturridos por mis golpes. El tercero, que parecía ser el cabecilla, había conseguido arrebatarse el paquete que el desconocido defendía con tanto ahinco, y se disponía a correr, cuando una voz me gritó, en inglés, pero con pronunciado acento extranjero:

“¡El tapiz; por favor! ¡el tapiz!”

Un golpe bien dirigido a la mandíbula, le hizo abandonar el fardo, y después de dar varios traspies se perdió en la obscuridad de una callejuela, por donde ya habían desaparecido sus compañeros.

El desconocido se incorporó penosamente y, luego de cerciorarse que lo que él llamaba el tapiz estaba allí, en su poder, me estrechó efusivamente la mano, y, dándome las gracias por mi inesperada ayuda, me entregó, a modo de presentación, su tarjeta de visita, que yo puse en el bolsillo de mi chaqueta, después de haberle entregado a mi vez, una de las mías.

*
* *

Esa noche decidí no comer en el gran salón comedor y me hice servir una ligera colación en una de las muchas mesas que adornan la terraza del Hotel de l'Europe.

La ciudad parecía dormir. Los ruidos habíanse acallado y sólo turbaba el silencio de la noche tropical, el sacudir de las hojas de las palmas y las notas ténues y entrecortadas de los violines de la orquesta del comedor, que el viento traía en ráfagas hasta el lugar donde yo me encontraba.

“Disculpe usted, Mr. Parker”, oí que me decía una voz.

Volví la cabeza y ví al desconocido de esa tarde que, con mundano ademán solicitaba mi permiso para sentarse a mi mesa.

Una vez sentado delante de mí, pude contemplarlo a mi gusto. Era de distinguida presencia, vestía correctamente de frac, y su tez mostraba el aceitunado color de ciertas gentes de la India. Sus ojos, de un azul claro, contrastaban fuertemente con la oscuridad de su rostro.

“Mi nombre es Warley. Mi padre era inglés y mi madre indostánica—me dijo—Lo que usted ha hecho por mí esta tarde, sólo puede recompensarse ofreciéndole a usted mi sinsera amistad y haciéndole, al mismo tiempo, confidente de ciertos se-

cretos que quizás le aclaren algunos puntos demasiado oscuros respecto a los sucesos de hoy. ¿Me acompañará usted a fumar un cigarro a mi departamento? Vivo en este mismo hotel desde hace tres meses. No me extraña que usted no me haya visto; salgo muy poco y llevo una vida muy retraída”.

Acepté su invitación; y cinco minutos después me hallaba yo cómodamente sentado en un gran sillón, con un puro entre mis labios y una copa de *brandy* en la mano, listo a escuchar las revelaciones que ese hombre se creía obligado a hacerme.

“Pertenezco, por mi madre — comenzó diciendo mi nuevo amigo — a una familia de sangre real, cuyos miembros, por muchas generaciones, han gobernado una de las tribus más ricas y poderosas del Nepal.

No ignorará usted, que a pesar de que la India ha reconocido a Inglaterra como potencia soberana, es el Nepal un estado independiente ante cuyo gobierno tiene la Gran Bretaña un representante diplomático.

La raza que todavía rige los destinos de ese país, pertenece a la casta de los guerreros, que han sabido conservar la integridad de esa pequeña nación contra la dominación extranjera. Mi familia gobernaba en la región de Naranyana y por derechos de sucesión me correspondía la posesión del trono que me fué usurpado por un pariente de mi madre, el cual fué nombrado soberano por la mayoría del pueblo que profesa la religión brahamánica. Yo fuí educado, desde niño, en otra clase de religión, que a pesar de partir del mismo tronco que la que profesan mis hermanos de raza, se diferencia en que nosotros sólo adoramos a Shiva, entre los dioses que forman la Trimurti india.

Mi propósito, al cumplir la mayoría de edad, fué el de destronar a mi pariente y hacerme nombrar rey de mi país, pues poseo el título de Babú o señor de Naranyana, pero tengo sobrados derechos para aspirar al de *Maharaya*; y el único

medio de llevar a cabo mis planes consistía en hacer desaparecer al soberano reinante.

La primera persona que se opuso a ello fué mi madre, que consideraba ilegítimas mis ambiciones; pues, según ella misma me lo confesara, mi padre no sólo era hombre de otra raza, sino que era también plebeyo, ocupando, en vida, el humilde cargo de secretario del representante británico. Había, además, otra causa más poderosa y en la cual apoyaba mi madre sus razonamientos. No se podía, según la ley religiosa de nuestra raza, atentar contra la vida de un miembro de su propia familia sin que la venganza de Shiva cayera sobre la cabeza del asesino.

Yo hice caso omiso de esa superstición de raza y continué mis trabajos de conspiración, encaminados a derrocar a mi pariente, que yo consideraba usurpador de mis derechos reales.

Mi causa, disfrazada con la bandera de la religión, fué ganando prosélitos cada vez más, hasta que llegó el día en que, teniendo todo listo; dí la voz de rebelión, y diez tribus, de las más valientes y numerosas, se levantaron en armas contra su soberano.

Yo mismo, y al frente de un bravo batallón de *gurjas*, asalté el palacio real y penetré en las habitaciones del rey, mi tío.

Le hallé acostado, y al verme llegar, se incorporó en el lecho y me apostrofó llamándome traidor y cobarde. Yo también le insulté y, valiéndome de su propio puñal, le produje una mortal herida en el pecho.

Salió la sangre a borbotones ennegreciendo los tapices. Mi tío tuvo aún fuerzas para arrastrarse hasta mí y blandiendo el arma que él mismo se arrancara de la herida, cayó a mis pies llenándome de maldiciones, pidiendo que las iras de nuestro dios cayeran sobre mi cabeza dándome una muerte tan miserable como la que yo por mi mano le otorgara.

Tomé el puñal y con él le hubiera ultimado, a no haber mi tío, dejado de existir en ese instante.

Salí del palacio llevándome el arma homicida, que había puesto en mi cinto después de consumada mi venganza y de la cual juré no separarme, porque un explicable temor, que se fué disipando con el tiempo, parecía augurarme que el hilo de mi existencia sería cortado por la reluciente hoja que acabara con la vida de mi pariente.

El movimiento revolucionario había fracasado. La inmediata intervención de las tribus adictas al gobierno y el apoyo militar que una potencia extranjera le otorgara, apagaron el ardor bélico de mis fieles soldados, que quedaron abrumados ante fuerzas más numerosas; y un nuevo rey ocupó el trono que a mí me pertenecía.

La paz volvió en apariencia, a reinar en el país; y digo en apariencia, porque mis amigos aún continuaban conspirando, y no han perdido, todavía, la esperanza de que yo suba al poder. ¡Y para qué negarlo! Tampoco he abandonado yo esa ilusión; y esta tarde me sorprendió usted en momentos en que yo realizaba un proyecto largamente acariciado y del cual depende, en gran parte, los resultados de la nueva rebelión en el Nepal.

Como ya le he explicado, la secta religiosa a la cual pertenezco, adora al dios Shiva. Hace algunos años desapareció el templo principal, el venerado tapiz en cuyo centro está bordada la santa imagen. Yo me propuse restituirlo a sus adoradores, y después de largos viajes e incontables aventuras, logré dar con el paradero de esa tan buscada reliquia. Estaba aquí, en Singapur, oculta en una pequeña pagoda del barrio malayo.

Mis propósitos eran apoderarme de ella, llevarla a Naranyana y congregar, alrededor de su sagrado prestigio, todas las tribus fanáticas que profesan su religión y, apoyado por ellas, destronar al nuevo rey.

Conseguí abstraer el tapiz aprovechando el descuido de los devotos encargados de vigilarlo; pero éstos me descubrieron y trataron de quitármelo. Yo, al verme en peligro, desenvainé este puñal y con gran asombro de mi parte, y a pesar de todos mis esfuerzos, me fué imposible usarlo contra mis atacantes; antes al contrario: uno de ellos, el más agresivo, me lo sacó de las manos con pasmosa facilidad y lo volvió contra mi, en el preciso momento en que apareció usted e intervino tan oportunamente para salvarme la vida”.

Callóse Warley y se quedó pensativo algunos instante.

Yo había estado escuchándole, pensando en la interesante novela con que, a mi regreso a los Estados Unidos, brindaría a los lectores del “Boston Chronicle”.

Por la ventana entreabierta, penetraba un rayo de luna, de una luna redonda, grande y rojiza que ensangrentaba los objetos. Una cosa brillaba con destellos de rubí, encima de la mesa. La tomó Mr. Warley en sus manos y me la mostró: era este hermoso puñal que usted tanto admira.

“Con esto dí muerte a mi tío, el usurpador” — dijo, sonriendo siniestramente. — Y agregó: “Quiere usted aceptarlo como el obsequio de un hombre que le debe la vida?”

En verdad, tal obsequio no me desagradaba, antes bien era un precioso objeto que causaría envidia a cualquier coleccionista de obras de arte o de curiosidades, y lo acepté gustoso.

Nos despedimos cordialmente. Warley quedó en su departamento, muellamente recostado en un sillón de cuero, y yo me apresuré a bajar a mi habitación. Una vez allí abrí mi maleta en cuyo fondo, cubierto por varias ropas, deposité el precioso regalo.

Después de ese día no nos volvimos a ver con Warley. En la intendencia del hotel, donde pregunté por mi misterioso amigo, me dijeron que había partido días antes.

Des meses más tarde me hallaba de vuelta en mi mesa de

trabajo del "Boston Chronicle", y aquel incidente, en una oscura callejuela del barrio malayo de Singapur y la curiosa historia que me delatara Warley, Babú de Naranyana, se confundían en mi mente, apareciendo como dos imágenes difusas de un sueño soñado en un mundo extraño o en una época remota.

Mis muchas ocupaciones absorbían todo mi tiempo, y así hubiérase deslizado mi vida en la apacible rutina de mi profesión, si un hecho, por demás extraño y misterioso, no hubiera llenado mi espíritu de inquietudes y temores.

Un día, un criado que efectuaba la limpieza de este cuarto, llamó mi atención sobre unas manchas nunca vistas, que empañaban la hoja siempre reluciente del puñal. Había allí, sobre el brillante acero, tres gotas de sangre, seca y descolorida.

Interrogué a mi sirviente sobre el origen de esa sangre, y no supo explicármelo. Nadie había entrado en esta habitación desde hacía seis días.

Yo, por mi parte, recordaba haber cortado, el día anterior las páginas de un nuevo libro con la hoja del puñal, sin notar nada anormal en ella.

Mi criado limpió el arma y la dejó sobre el escritorio. A los diez días las manchas habían reaparecido. Decidí ocultar este misterioso instrumento en uno de los cajones de mi mesa de trabajo, al cual eché llave. Pero me cercioré que tal precaución había sido completamente inútil: las gotas de sangre reaparecían siempre, cada diez días, más o menos.

Busqué un nuevo escondrijo, y lo oculté en la caja de hierro, donde se guardan los caudales del periódico en el cual trabajo. El arma fué envuelta en unos trozos de seda china, que yo trajera de Oriente, y encerrado en una caja de cigarros. Varios días después, cuando movido por la curiosidad fui a ver el puñal, las mismas gotas de sangre aparecieron en la hoja.

Esas manchas misteriosas llegaron a ser mi constante preocupación: se me aparecían en todas partes. Ora creía verlas en los muros de mi habitación, ora en las cuartillas de papel en que diariamente escribía mis artículos para el periódico. Una vez, en un teatro, creí distinguirlas sobre el descote de una dama, en otra ocasión aparecieron reflejadas en el espejo de un restaurant. Esas endemoniadas gotas de sangre, de oscuro color y viscosa apariencia, me perseguían a toda hora y en todas partes.

Yo, justo es confesarlo, sentía cierto placer, experimentaba cierta inexplicable fruición cuando, después de haber limpiado minuciosamente la hoja del puñal, las veía reaparecer sobre ella. Ese misterio, cuyo secreto motivo yo ignoraba, pero cuyas manifestaciones conocía, habíase transformado en algo mío, de mí pertenencia, de mí propia vida. Si algún día, por una casualidad, que yo hubiera creído bien extraña, hubiesen dejado de presentarse en la brillante hoja esas incomprendibles manchas, el enigma se habría complicado de tal manera y yo las hubiese extrañado de tal modo que mi razón habría peligrado.

¿Qué extraño y tóxico augurio encubría la tersa superficie de esa hoja? ¿Qué indescifrable misterio, qué horrendo crimen; qué predicción agorera se esforzaban por revelarme? ¿Eran, acaso, el medio de qué el destino inflexible se valiera para anunciarme algo terrible, o, simplemente el recuerdo implacable de sangrientas escenas en que esa arma actuara anteriormente reaparecía, fresco y palpable, en esas gotas de sangre?

Warley, seguramente, era la única persona que podría explicarme tal misterio. Algo fatal y peligroso debía conocer él referente a la historia de ese puñal que no se atrevió a revelarme. ¡No en vano mostró tanto interés en regalármelo!

Decidí escribir a Warley y hallé, en la tarjeta que él me

entregara aquella tarde en Singapur, la dirección de su casa en Calcuta.

Dos meses después el correo me devolvía la carta que yo escribiera declarando que "Mr. Warley no era conocido en el lugar al cual iba dirigido el sobre.

Mientras tanto mi vida era cada vez más intranquila. El puñal había llegado a obsesionarme de tal manera que me pasaba las horas contemplando, espiando ávidamente su reluciente hoja, para ver aparecer en ella con gran regocijo mío las gotas de sangre.

*
* *

En el mes de Agosto, del siguiente año, obtuve dos meses de licencia y decidí irme a Europa. Entre mi reducido equipaje, allá en el fondo de mi maleta, iba el puñal que en mala hora me regalara Mr. Warley.

Tomé pasaje para Inglaterra y una vez en la gran capital británica, me dispuse a descansar, empleando mi tiempo en visitar museos y pasear por las calles de Londres.

Una tarde, hallábame yo en los jardines de Kensington, a orillas del lago, contemplando cómo los cisnes y patos comían las migajas de pan que les arrojaban con gran algarrabía los niños, cuando, al sentir que alguien me tocaba en el hombro, dí la vuelta y me encontré cara a cara con Mr. Warley.

No pude ocultar la alegría que sentía en volverle a ver; ahora sí que descubriría el secreto del puñal!

Mr. Warley, como de costumbre, me hizo una acogida muy ceremoniosa, y después de preguntarnos mutuamente por nuestro bienestar, y otras fórmulas de urbanidad, me invitó a que le visitase esa noche. Se hospedaba en un pequeño hotel de Queensborough Terrace. Prometí visitarle. Me advertió que no preguntase por Mr. Warley, pues allí le conocían por

otro nombre. "Entre usted sin llamar ni anunciarse: segundo piso; pieza 8" — me dijo.

Así lo hice. A las 7 de la noche llegaba yo a Queensborough Terrace, no sin antes haber puesto en el bolsillo de mi chaqueta el misterioso puñal, sobre cuya historia me proponía interrogar a Mr. Warley.

Departimos durante varios minutos sobre diferentes temas. Había visitado las últimas exposiciones de pintura y asistido a los principales conciertos dados en esos días en Londres.

Ese hombre se me reveló persona de vasta cultura y clara inteligencia. La conversación tomó otro giro al preguntarle yo sobre los últimos acontecimientos políticos de Naranyana. La conspiración se estaba llevando a cabo muy satisfactoriamente: el resultado no se haría esperar; muchas tribus fanáticas se aprestaban a la sedición e innumerables guerreros, de noble casta, habían ofrecido su inestimable ayuda al Babú de Naranyana.

Entonces creía llegado el momento de hablarle del puñal. Cuando se lo nombré palideció, y, nerviosamente, comenzó a enjugarse gruesas gotas de sudor que humedecían la oscura piel de su rostro.

Como yo estuviera decidido a no irme de allí sin saber algo sobre esta arma, la saqué de mi bolsillo y desenvolviéndola las telas que la cubrían, la puse ante los ojos desmesuradamente abiertos de mi amigo.

"¡Por Dios! ¡Guárdela usted!" — exclamó con entrecortada voz.

"Dígame usted primero, qué misterio oculta este puñal" — le dije, imperiosamente.

"No sé" — me respondió, tembloroso. — "No sé nada; ¡se lo juro!"

Yo le miré fijamente y él, temblando aún y con el rostro demacrado y lívido, que había adquirido un extraño tinte ver-

doso, trató, con un vigoroso ademán de arrebatarme el puñal.

No sé, ni sabré nunca, lo que pasó por mi cerebro, pero recuerdo que se oscurecieron mis ojos y todos los objetos que me rodeaban se alejaron confusamente de mi vista; sólo distinguía, delante de mi, la figura de Mr. Warley, con el espanto reflejado en su rostro, su respiración entrecortada, sus manos en alto, suplicante... Un impulso extraño, desconocido, jamás experimentado, me empujaba hacia Warley, con los dedos de mi mano izquierda crispados y dispuestos a cerrarle la garganta, mientras mi derecha sostenía en alto el puñal.

Warley trató de desasirse de las garras que le aprisionaban. Yo lo sentía moverse desesperadamente, inútilmente; pero la misma fuerza desconocida hizo descender mi mano armada, y el puñal se sepultó profundamente en su garganta.

“Estaba escrito” — murmuró, jadeante, el desdichado. “El destino... la sangre de los míos que se venga... Tú, Parker, también morirás...”

Dos o tres convulsiones le ahogaron la voz, y cayó de bruces sobre la alfombra, en medio de un charco de sangre.

Yo permanecí inmóvil, paralizado por el terror, incapacitado de moverme por algunos minutos. La horrible tragedia, en la cual yo tomara parte, se iba esfumando lentamente tras el espeso velo de incontables años. Yo marchaba, guiado por mano extraña, por el oscuro sendero que conduce a otras edades, y por el cual vagan otras vidas. Andaba lentamente, sin que mis pies parecieran tocar el suelo. El aire sutil y transparente estaba lleno de argentinas voces y sonoras cargadas. De improviso una pesada niebla hizo más densa la atmósfera y dejé de oír las voces y risas que antes acariciaban mis oídos; pero distinguí, algo confusamente, las sombras de dos personas cuyos detalles fueron aclarándose poco a poco hasta aparecer, ante mis ojos, dos hombres que se batían desesperadamente: uno de ellos, el más viejo, esgrimía un filoso puñal que sepultó en el corazón del más joven.

Esta horrible escena se repitió varias veces, y siempre era el homicida quien moría víctima de su propia arma. Incontables cadáveres fueron cayendo bajo el golpe fatal de ese puñal misterioso, hasta que creí reconocer, en uno de los criminales, a mi propia víctima, a Mr. Warley. En efecto allí estaba él, frente a un anciano que, a medio incorporarse en su lecho, le imploraba perdón; y allí estaba Warley, desdeñoso, avanzando resueltamente con el puñal en la diestra hasta enterrarlo todo entero en la garganta del pobre viejo.

Rápidamente, con la velocidad de un relámpago, pasó por mi mente la historia que Warley me relatara respecto a la muerte de su tío, el usurpador del trono de Naranyana.

La escena ya había cambiado. Esta vez era Warley que yacía muerto, en un charco de sangre y yo, yo mismo, en persona, con el fatídico puñal en la mano, era el asesino, el que acababa de matarle...

Aterrado, vacilante e inconsciente como un sonámbulo, limpié en las ropas del cadáver la ensangrentada hoja del puñal, puse a éste en mi bolsillo, abandoné la habitación y bajé rápidamente la escalera, saliendo a la calle sin que nadie me viera.

A la mañana siguiente todos los diarios londinenses hablaban del misterioso crimen de Queensborough Terrace, cuyo asesino había desaparecido y cuya víctima no había podido ser identificada.

Tres días más permanecí en Londres, esperando que saliera un vapor para los Estados Unidos, en el cual me apresuré a embarcarme.

Llegué a Boston y después de solicitar me otorgaran más tiempo de licencia, me fuí a un retirado pueblecito de Maine, a buscar en la soledad de sus bosques y en la quietud de sus lagos, el reposo balsámico que tranquilizara mi espíritu...

*
* *

—¿Y las manchas de sangre? — interrogué, mirando con recelo el puñal, cuya hoja se me antojaba despidiendo rojizos reflejos.

—Han desaparecido totalmente — me contestó, enjugándose con el pañuelo gruesas gotas de sudor que asomaban a su frente.

—¿Cómo se explica usted ese fenómeno?

—Creo — me respondió—, que este puñal, que por tantos siglos perteneció a una misma familia, fué forjado por alguno de aquellos magos de Oriente, y que por uno de esos conjuros que nosotros los occidentales jamás llegaremos a comprender, no podía ser empleado contra la vida de las gentes de una misma casta, sin que el castigo cayera sobre aquel que tal crimen cometiera. Las manchas que aparecían periódicamente en su reluciente hoja, eran el signo indiscutible de que toda una larga serie de muertos clamaba por la vida del culpable: era sed de venganza, sed insaciable, incitada durante largos siglos por las almas angustiadas de numerosas víctimas. Pero todo esto es mera suposición; sólo queda en pie una gran verdad: la última vida que el destino había resuelto sacrificar, era la de Warley, y fui yo, con estas manos, que le asesiné cobardemente, sin que pudiera reaccionar contra ese impulso extraño que me eligiera a mí como ejecutor de una venganza agena a mi vida y a mis intereses.

Estas explicaciones no eran suficientemente claras para convencer a nadie; pero tampoco podía yo exigir las más justas ni terminantes.

Miré mi reloj: eran las diez menos cuarto. Me puse de pie, estreché la mano temblorosa de mi amigo Parker, que me dijo, suplicante, al despedirme:

—Guarde usted el secreto. ¡Por lo menos mientras yo viva!...

—No tema usted; seré mudo como un sepulcro.
Y he cumplido mi promesa.

*
* * *

Hace dos meses recibí una carta firmada por un tal James Blair. Yo no conocía o, por lo menos, no recordaba ese nombre. Decía así:

My dear Sir:

Quizás ignore usted que mi amo, el señor E. W. Parker, ha fallecido la semana pasada en el Hospicio de Arlington Heights.

Mi pobre amo perdió la razón hace seis meses. Padecía del delirio de las persecuciones y creía ver asesinos en todas partes. Decía cosas incoherentes y hablaba de países extraños; y lo que más parecía preocuparle era aquel puñalito que tenía sobre ese escabel en su cuarto, cerca de la ventana.

Los médicos que le asistieron declararon que padecía de no sé qué clase de enfermedad, y que hacía ya mucho tiempo que estaba loco.

Le escribo estas líneas para comunicarle esta triste noticia y, al mismo tiempo, para preguntarle qué debo hacer con ese puñal, pues Mr. Parker me ordenó que se lo entregase a usted en caso de que él muriera.

Me permito aconsejarla, señor, que no lo acepte, creo que ese condenado puñal — y perdone usted que me exprese de esta manera — fué la causa de la locura de mi pobre amo.

Mándeme decir si se lo remito o lo arrojo a las aguas del Charles River.

S. S. S.

James Blair.

Esa misma noche salía un telegrama que decía así:

James Blair.

Sutherland Road 22

Boston

Arrójaló Charles River.



Carnaval de 1918

En raso, blanco, celeste, rosa, punzó, amarillo, lila,
taco cubano. Precio excepcional..... \$ 7.90

El mismo modelo y de una tira en taco Luis XV \$ 14.--

Zapatos de baile, para caballero a.....\$ 12, 15 y 18

LOS ANGELITOS

F. Harguindeguy e hijos

Esmeralda esq. Sarmiento

D'ARAGO ALFARO

Academico y Profesor
de la Facultad de Medicina

Cefe del servicio de niños del Hospital San Roque

LARREA 1124

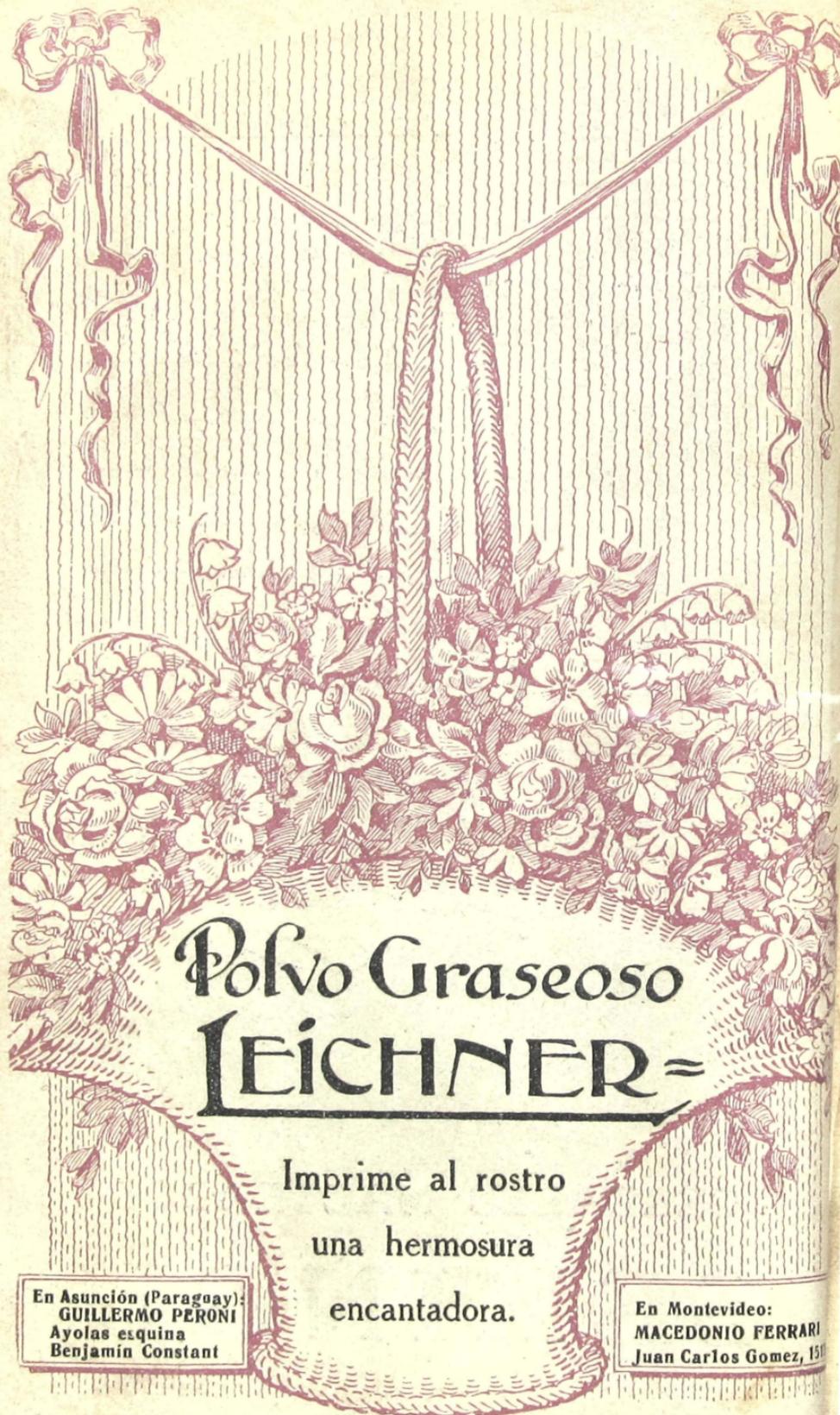
Martes Juicio y Salud
de 2 a 3

Buenos Aires, Diciembre 1871

El medico que suscribe,
Profesor de la Facultad de Medi-
cina y Jefe del Servicio de Niños
del Hospital San Roque, certifi-
ca: que ha usado con resulta-
dos muy satisfactorios en la dietetica
de niños sanos y enfermos de su
Caratteron y de la Liga Argentina
contra la tuberculosis la harina
"Seminol" elaborada por la Com-
pania Argentina de Productos
dieteticos y ofrecida gratuita-
mente por la misma.

E. Arago Alfaro

CEREALES MALTEADOS
SEMINOL



POLVO GRASEOSO LEICHTNER

Imprime al rostro
una hermosura
encantadora.

En Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI
Ayolas esquina
Benjamin Constant

En Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gomez, 151

VENTA EN TODAS PARTES